

Pasando el testigo

En el curso de formación para educadores que recientemente se ha celebrado –y cuya crónica y ponencias ocupan la parte central del presente número de nuestra revista– se ha tratado fundamentalmente de cómo transmitir, acoger y mantener viva la *identidad amigoniana*, el *propio modo de ser y actuar*.

No se ha tratado sólo –ni tan siquiera principalmente– de transmitir unos modos de actuación, unas determinadas técnicas o terapias, una concreta metodología o avaladas estrategias educativas.

Ha sido algo mucho más profundo y vital. Se ha querido, de alguna manera, transmitir, por así decir, el corazón, el espíritu mismo de la amigonianidad. Y esto no siempre resulta ser tarea sencilla.

Hay un pasaje, en el *Libro bíblico de los Reyes*¹, que, por su candor, me hace evocar, con espontaneidad, uno de esos cuentos, en los que el hada, con una varita mágica, era capaz de conseguir, con pasmosa facilidad, lo que parecía imposible.

Cuando Elías se estaba despidiendo de su discípulo Eliseo –cuenta el mencionado libro– le dijo: “Pídeme lo que quieras que haga por ti, antes de ser arrebatado de tu lado”. “Que tenga dos partes de tu espíritu”, le suplicó Eliseo, y Elías le respondió: “Pides una cosa difícil”. A renglón seguido, cuando Elías fue arrebatado por el carro y caballos de fuego, Eliseo recogió el manto que se le había caído a su maestro, golpeó con él las aguas, que al momento se dividieron en dos, y los que lo vieron reconocieron que el espíritu de Elías reposaba ahora en Eliseo.

¡Quién poseyera el manto de Elías! –me he dicho muchas veces–, cuando se ha planteado la cuestión de transmitir el espíritu, la identidad amigoniana a nuevas generaciones.

Pero no tenemos el manto de Elías, ni tampoco ninguna de esas varitas mágicas de nuestros cuentos infantiles.

Ello no significa, sin embargo, que la tarea sea imposible. Es en verdad difícil –cual confesara Elías a Eliseo–, pero puede lograrse, a través de un proceso en el que lo fundamental sea el compartir vivencias, experiencias y sentimientos con otros educadores amigonianos, ya curtidos, que han ido *haciendo vida y acción* el legado de Luis Amigó en la brega cotidiana de la educación de niños y jóvenes en dificultad.

¹ Cf. 2Re. 2, 9-15.

Los cursos en los que se comparten los valores más identificantes de la pedagogía amigoniana son, sin duda, importantes, pero lo anterior resulta imprescindible.

Por otra parte, cuando verdaderamente se ha logrado transmitir, traspasar el espíritu –la identidad–, el quehacer pedagógico se ilumina, entre otras, con el aura de la *creatividad*.

Un educador, una comunidad educativa que ha asimilado el corazón de la amigonianidad, no se contenta con repetir terapias, estrategias, ni tan siquiera programas pedagógicos, por muy castizos que hayan podido ser para los amigonianos y por muy buenos resultados que les hayan aportado en el pasado, sino que diseñará nuevas terapias, nuevos programas, adaptados al cambiante mundo de los niños y jóvenes y a las particulares condiciones del medio ambiente y social en que se mueve, y recreará, incluso, el propio sistema educativo, para que en su *expresión conceptual, verbal y operativa* responda, lo mejor posible, a la cultura y necesidades de aquellos a quienes se dirige.

Y algo de esto último es lo que se puede entrever en los artículos que se insertan también en este mismo número y que están dedicados: a los *10 años del programa de menores en Villar del Arzobispo*, y al *premio Heinrich-Brauns 2008 del arzobispado de Essen, concedido a los Amigonianos de Alemania, por su labor social en Gelsenkirchen*.

EPLA, 12 de octubre de 2008

Juan Antonio Vives Aguilera